

escribiendo, con una gota de tinta y una atención maníaca al verosímil. Cada gota se cerraba sobre sí misma en el equilibrio fragilísimo de su tensión superficial. No había contexto: pura irradiación.

La gota no tenía puertas ni ventanas. La historia tenía innumerables puntas de rendimiento. Había una gota, virginal y vaginal por partes iguales, que por un milagro de la cirugía de la siesta había asumido el género femenino, y adoptó el nombre de Aureola. Antes se había llamado Doctor Aureola. Hubo una suspensión, Aureola quedó colgada del aire...

Un sublime romanticismo nació de esa suspensión; Aureola, en camión, estaba en el balcón de su casillero, sobre el jardín nocturno rumoroso de insectos y fuentes. Perdida en sus ensoñaciones, en sus construcciones de araña. El castillo estaba en llamas, el fuego también suspendido. La gota estaba en otra dimensión. Sólo podía pasarle a ella: una manifestación más de indiferencia, verosimilitud por los mecanismos del realismo.

De pronto, en un tercer nivel de historia, tres sombras embozadas se descolgaron de aleros y desagües y cayeron al mismo tiempo en el balcón. Extraída violentamente de sus ensoñaciones, Aureola empezó a girar sobre sí misma con un chillido de angustia. Intentó diversos movimientos de caída para escapar de las manos enguantadas de sus captadores, pero era como si flotara sobre mercurio. Lo único que logró fue que le desgarraran el camión y la despeinaran; las tres sombras actuando coordinadas la metieron, espantada, llorosa, en un estruendo que se cerró con un sonoro "clac". La multitud que se había reunido alrededor del castillo a contemplar el incendio no vio nada de esta maniobra, y menos vieron los bomberos ocupados en extender las escaleras como piras lanzados al

abordaje. Los secuestradores aprovecharon la confusión para escapar con su presa; un auto los esperaba al otro lado del foso. Viajaron largo rato entre las colinas y antes de que saliera la luna entraban al parque de una finca abandonada. Se metieron en la casa por una puerta trasera y encerraron a la prisionera en el sótano.

Sólo entonces se relajaron y se sacaron la capucha. Eran tres peligrosas criminales: Ducha, Manguera y Canilla. Desde hacía muchos años preparaban el plan de secuestrar una gota. Corpulentas, roncadas, bailotearon como ménades sobre una mesa haciendo ruidos metálicos, se tomaron una botella de coñac y llamaron por teléfono a Gravedad para pedirle rescate.

Ring... ring... ring...

La campanilla resonaba entre las montañas. El eco la llevaba de cumbre en cumbre, creando una especie de sucesión.

Los documentos del eco los publicó la editorial Gota. El avance técnico de la fotografía y la impresión había vuelto posibles los museos de bolsillo. Aquí es necesario retroceder un paso, a un estadio anterior de la historia, para completar el "cuadro". El emblema de la reproducción mecánica (fotográfica, impresa, electrónica) de la obra de arte es justamente la Gioconda. Sin negar los méritos de este espléndido retrato, hay que mencionar algunos hechos históricos que lo pusieron en el lugar preponderante que llegó a ocupar. Existen otros retratos de mujer, de la mano de Leonardo, que podrían perfectamente haberse puesto en primer plano. Está el de Cecilia Gallerani, "la dama del armiño", que no pocos críticos han elogiado como el cuadro más bello jamás pintado, el más perfecto. O el de Ginebra de Benet, era una mujer de rostro adusto y